



Discurso para recién convertidos

Un sermón de George Müller de Bristol

Un sermón predicado en Mildmay Conference Hall (fecha desconocida) por el Sr. George Müller.

Como alguien que durante cincuenta años ha conocido al Señor y ha trabajado en la Palabra y en la doctrina, debería poder, en pequeña medida, echar una mano a estos creyentes más jóvenes. Y si Dios solo se dignara usar el reconocimiento de mis propios fracasos a los que me refiero, y de mi experiencia, como una ayuda para que otros anden por el camino del cielo, confío en que tu venida aquí no será en vano. Este fue el verdadero propósito de mi partida de casa: ayudar a estos queridos recién convertidos hermanos.

LA MANERA DE LEER LA PALABRA

Uno de los puntos más importantes es prestar atención a la lectura cuidadosa y en oración de la Palabra de Dios y meditar sobre ella. Por lo tanto, les pido que presten especial atención a un versículo de la Epístola de Pedro (1ª Pedro 2:2), donde somos especialmente exhortados por el Espíritu Santo a través del apóstol, con respecto a este tema. En aras de la conexión, leamos el primer versículo: “Por tanto, dejando a un lado toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidia y toda maledicencia, como recién nacidos, deseen la leche sincera de la Palabra, para que así crezcáis; si es que habéis gustado que el Señor es misericordioso”.

El punto particular al que me refiero está contenido en el segundo versículo, “como recién nacidos, deseen la leche sincera de la Palabra”. Así como el crecimiento en la vida natural se logra mediante la alimentación adecuada, así en la vida espiritual, si deseamos crecer, este crecimiento solo se logra mediante la instrumentalidad de la Palabra de Dios. No se dice aquí, como algunos estarían muy dispuestos a decir, que “la lectura de la Palabra puede ser importante en algunas circunstancias”. Tampoco se dice que pueda obtener ganancias leyendo la declaración que se hace aquí; es de la “Palabra”, y solo de la Palabra, de lo que habla el apóstol, y nada más.

ADHERIRSE A LA PALABRA DE DIOS

Dices que la lectura de este tratado o de ese libro a menudo te hace bien. No lo cuestiono. Sin embargo, el instrumento que Dios se ha complacido especialmente en designar y utilizar es el de la Palabra misma; y en la medida en que los discípulos del Señor Jesucristo atiendan esto, se fortalecerán en el Señor; y en la medida en que se descuide, serán débiles. Existe tal cosa como el descuido de los bebés, ¿y cuál es la consecuencia? Nunca se convierten en hombres o mujeres sanos debido a ese descuido temprano.

Quizás, y es una de las formas más dañinas de este descuido, es que obtienen una alimentación inadecuada y, por lo tanto, no alcanzan el pleno vigor de la madurez. Es así

también en lo que respecta a la vida divina. Es un punto sumamente importante que obtengamos el alimento espiritual correcto al comienzo de esa vida. ¿Cuál es esa comida? Es “la leche sincera de la Palabra”; ése es el alimento adecuado para el fortalecimiento de la nueva vida. Escuchen, pues, mis queridos hermanos y hermanas, algunos consejos sobre la Palabra.

LECTURA CONSECUTIVA

En primer lugar, es de suma importancia que leamos las Escrituras con regularidad. No debemos pasar la Biblia y elegir capítulos como nos plazca aquí y allá, sino que debemos leerla con cuidado y con regularidad. Hablo conscientemente y como alguien que ha conocido la bendición de leer así la Palabra durante los últimos cuarenta y seis años. Digo cuarenta y seis años, porque durante los primeros cuatro años de mi vida cristiana no leí detenidamente la Palabra de Dios. Solía leer un tratado o un libro interesante; pero no sabía nada del poder de la Palabra. Leí muy poco, y el resultado fue que, aunque era un predicador entonces, no progresé en la vida divina. ¿Y por qué? Solo por esta razón, descuidé la Palabra de Dios.

Pero agradó a Dios, por medio de la instrumentalidad de un amado hermano cristiano, despertar en mí una seriedad acerca de la Palabra, y desde entonces la he amado.

Permítanme, entonces, insistir en mi primer punto, el de prestar atención regularmente a la lectura de las Escrituras. No creo que todos necesiten la exhortación. Creo que muchos ya lo han hecho; pero hablo en beneficio de los que no lo han hecho. A aquellos les digo: Mis queridos amigos, comiencen de una vez. Comience con el Antiguo Testamento y cuando haya leído uno o dos capítulos y esté a punto de terminar, ponga una marca para saber dónde lo dejó. Hablo con toda sencillez en beneficio de los que pueden ser jóvenes en la vida divina. La próxima vez que lea, comience el Nuevo Testamento y nuevamente ponga una marca donde lo dejó. Y así seguir leyendo siempre alternativamente el Antiguo y el Nuevo Testamento. Así, poco a poco, irá leyendo toda la Biblia; y cuando haya terminado, comience de nuevo por el principio.

LA CONEXIÓN DE LAS ESCRITURAS

¿Por qué es esto tan profundamente importante? Simplemente para que podamos ver la conexión entre un libro y otro de la Biblia, y entre un capítulo y otro. Si no leemos de esta forma consecutiva, perdemos gran parte de lo que Dios nos ha dado para instruirnos. Además, si somos hijos de Dios, debemos conocer bien toda la voluntad revelada de Dios, la totalidad de la Palabra. “Toda la Escritura es inspirada y provechosa”.

Y se puede ganar mucho leyendo así cuidadosamente toda la voluntad revelada de Dios. Supongamos que un pariente rico muriera y nos dejara, quizás, alguna tierra, o casas, o dinero, ¿deberíamos contentarnos con leer solo las cláusulas que nos afectaron particularmente? No, tendríamos cuidado de leer todo el testamento de principio a fin. Cuánto más, entonces, con respecto a la voluntad revelada de Dios deberíamos tener cuidado de leerla en su totalidad, y no meramente uno y otro de los capítulos o libros.

OTRO BENEFICIO DE ESTA LECTURA CONSECUTIVA

Y esta lectura cuidadosa de la Palabra de Dios tiene esta ventaja, que nos impide hacer nuestro propio sistema de doctrina y tener nuestros propios puntos de vista favoritos, lo cual es muy pernicioso. A menudo solemos poner demasiado énfasis en ciertos puntos de vista de la verdad que nos afectan particularmente. La voluntad del Señor es que conozcamos toda Su mente revelada. Nuevamente, la variedad en las cosas de Dios es de gran importancia. Y Dios se ha complacido en darnos esta variedad en el más alto grado; y el hijo de Dios, que sigue este plan, podrá interesarse en cada parte de la Palabra.

Supongamos que uno dice: “Leamos en Levítico”. Muy bien hermano. Supongamos que otro dice: “Leamos la profecía de Isaías”. Muy bien hermano. Y otro dirá: “Leamos el Evangelio según Mateo”. Muy bien, hermano mío; puedo disfrutarlos todos; y ya sea en el Antiguo Testamento, o en el Nuevo Testamento, ya sea en los Profetas, los Evangelios, los Hechos o las Epístolas, debería recibirlo con agrado y estar encantado de recibir la lectura y el estudio de cualquier parte de la divina Palabra.

ESPECIALMENTE BENEFICIOSO PARA EL TRABAJADOR PARA CRISTO

Y esto será especialmente ventajoso para nosotros, en caso de que llegemos a ser obreros en la viña de Cristo; porque al exponer la Palabra, podremos referirnos a cada parte de ella. Disfrutaremos igualmente de la lectura de la Palabra, ya sea del Antiguo o del Nuevo Testamento, y nunca nos cansaremos de ella. Como dije antes, he conocido la bendición de este plan durante cuarenta y seis años, y aunque ahora tengo casi setenta años de edad, y aunque me convertí durante casi cincuenta años, puedo decir que por la gracia de Dios, que amo más que nunca la Palabra de Dios, y me deleito más que nunca en leerla.

Y aunque he leído la Palabra casi cien veces de principio a fin, nunca me he cansado de leerla, y esto se debe más especialmente a su lectura regular, consecutiva, día a día, y no meramente leyendo un capítulo aquí y allá, como mis propios pensamientos podrían haberme llevado a hacerlo.

LEER LA PALABRA EN ORACIÓN

Nuevamente, debemos leer las Escrituras con oración, nunca suponiendo que somos lo suficientemente inteligentes o sabios para entender la Palabra de Dios por nuestra propia sabiduría. En toda nuestra lectura de las Escrituras, busquemos cuidadosamente la ayuda del Espíritu Santo; pidamos, por amor de Jesús, que nos ilumine. Él está dispuesto a hacerlo. Les diré cómo me fue al principio; puede ser para su ánimo. Fue en el año 1829, cuando vivía en Hackney. Un querido hermano experimentado me había llamado la atención sobre la enseñanza del Espíritu. “Bueno”, dije, “probaré este plan; y me entregaré, después de la oración, a la lectura atenta de la Palabra de Dios, y a la meditación, y veré cuánto está dispuesto el Espíritu a enseñarme de esta manera”.

UNA ILUSTRACIÓN DE ESTO

En consecuencia, fui a mi habitación, cerré la puerta con llave y, colocando la Biblia en una silla, me arrodillé en ella. Allí permanecí varias horas en oración y meditación sobre la Palabra de Dios; y les puedo decir que aprendí más en esas tres horas que pasé de esta manera, de lo que había aprendido muchos meses antes. Así obtuve la enseñanza del Espíritu Divino, y no puedo decirles la bienaventuranza que fue para mi propia alma. Estaba orando en el Espíritu y poniendo mi confianza en el poder del Espíritu, como nunca lo había hecho antes.

Por lo tanto, no pueden sorprenderse de mi seriedad al insistir en esto, cuando han escuchado lo precioso que era para mi corazón y lo mucho que me ayudó.

MEDITAR EN LA PALABRA

Pero, de nuevo, no es suficiente tener solo lectura en oración, sino que también meditemos mucho en la Palabra. Como en el caso al que acabo de referirme, arrodillado ante la silla, medité en la Palabra. No se trataba simplemente de leerlo, no simplemente de orar sobre ello. Era todo eso, pero, además, estaba reflexionando sobre lo que había leído. Esto es muy importante. Si simplemente lee la Biblia, y nada más, es como si el agua entrara por un lado y saliera por el otro. Para beneficiarnos realmente de ella, debemos meditarla. Por supuesto, no todos podemos pasar muchas horas, ni siquiera una o dos horas al día de esta manera. Nuestro negocio exige nuestra atención. Sin embargo, por poco tiempo que pueda permitirse, dedíquelo con regularidad a la lectura, la oración y la meditación sobre la Palabra, y verá que le compensará.

HAZ LA MEDITACIÓN PERSONAL

En relación con esto, siempre debemos leer y meditar sobre la Palabra de Dios, con referencia a nosotros mismos y a nuestro propio corazón. Esto es sumamente importante y no puedo insistir con demasiada seriedad. A menudo solemos leer la Palabra con referencia a otros. Los padres la leen con referencia a sus hijos, hijos para sus padres; los evangelistas la leen para sus congregaciones, los maestros de escuela dominical para sus clases. ¡Oh! Esta es una mala manera de leer la Palabra; si se lee de esta manera, no obtendrá ningún beneficio. Lo digo deliberadamente y con conocimiento de causa; cuanto antes se abandone, mejor para sus propias almas. Lea la Palabra de Dios siempre con referencia a su propio corazón, y cuando haya recibido la bendición en su propio corazón, podrá comunicarla a los demás.

Ya sea que trabajen como evangelistas, pastores o visitantes, superintendentes de escuelas dominicales o maestros, distribuidores de folletos o en cualquier otra función que busque trabajar para el Señor, tenga cuidado de dejar que la lectura de la Palabra se haga con una clara referencia a su propio corazón. Pregúntense, ¿cómo me conviene esto, ya sea para instrucción, para corrección, para exhortación o para reprensión? ¿Cómo me afecta esto? Si lees así y obtienes la bendición en tu propia alma, ¡cuán pronto fluirá hacia otros!

LEER EN FE

Otro punto. Es de suma importancia en la lectura de la Palabra de Dios, que ésta vaya acompañada de fe. “La palabra predicada no les aprovechó, no estando mezclada con fe en los que la oyeron”. Al igual que con la predicación, también con la lectura debe mezclarse con la fe. No simplemente leerlo como leerías una historia, que puedes recibir o no; no simplemente como una declaración, que puede acreditar o no; o como una exhortación, que puedes escuchar o no; sino según la voluntad revelada del Señor, es decir, recibéndola con fe. Recibido así, nos nutrirá y cosecharemos beneficios. Solo así nos beneficiará; y obtendremos de Él salud y fuerza en la medida en que lo recibamos con fe verdadera.

SER HACEDORES DE LA PALABRA

Por último, si Dios nos bendice al leer Su Palabra, espera que seamos hijos obedientes, que aceptemos la Palabra como Su voluntad y la llevemos a la práctica. Si se descuida esto, encontrará que la lectura de la Palabra, incluso si va acompañada de oración, meditación y fe, no le servirá de mucho. Dios espera que seamos hijos obedientes y hará que practiquemos lo que nos ha enseñado. El Señor Jesucristo dice: “Si conocéis estas cosas, felices seréis si las hacéis”. Y en la medida en que llevamos a cabo lo que nuestro Señor Jesús enseñó, en tanta medida somos niños felices. Y solo en esa medida podemos buscar honestamente la ayuda de nuestro Padre, incluso mientras buscamos llevar a cabo Su voluntad.

Si hay un solo punto que me hubiera gustado difundir por todo este país, y por todo el mundo, es precisamente este, que debemos buscar, amados amigos cristianos, no solo ser oidores de la Palabra, sino “hacedores de la Palabra”. No dudo que muchos de ustedes ya hayan tratado de hacer esto, pero me dirijo particularmente a los hermanos y hermanas más jóvenes que aún no han aprendido toda la fuerza de esto. ¡Oh! Trate de atender seriamente a esto, es de gran importancia. Satanás buscará con mucho fervor dejar de lado la Palabra de Dios; pero tratemos de llevarlo a cabo y actuar en consecuencia. La Palabra debe recibirse como un legado de Dios, que nos ha sido comunicada por el Espíritu Santo. Por lo tanto, es la voluntad del Señor que siempre reconozcamos nuestra dependencia de Él en oración.

LA PLENITUD DE LA REVELACIÓN DADA EN LA PALABRA

Y recuerde que, al lector fiel de esta bendita Palabra, le revela todo lo que necesitamos saber sobre el Padre, todo lo que necesitamos saber sobre el Señor Jesucristo, todo sobre el poder del Espíritu, todo sobre la palabra de mentira en el maligno, todo sobre el camino al cielo, y la bienaventuranza del mundo venidero. En este bendito libro tenemos todo el Evangelio y todas las reglas necesarias para nuestra vida y guerra cristianas. Veamos, pues, que lo estudiemos con todo nuestro corazón y con oración, meditación, fe y obediencia.

ORACIÓN

El siguiente punto sobre el que hablaré por unos momentos ya ha sido más o menos referido, es el de la oración. Puede que lea la Palabra y parezca entenderla muy completamente, pero si no tiene el hábito de esperar continuamente en Dios, progresará poco en la vida divina. Naturalmente, no tenemos nada bueno en nosotros; y no puede esperar, salvo con la ayuda de Dios, agradecerle.

El bendito Señor Jesucristo nos dio un ejemplo en este particular. Dedicó noches enteras a la oración. Lo encontramos en la montaña solitaria ocupado por la noche en oración. Y como en todos los sentidos debe ser un ejemplo para nosotros, así también en este punto en particular. Él es un ejemplo para nosotros. La vieja naturaleza corrupta malvada todavía está en nosotros, aunque nacemos de nuevo; por lo tanto, tenemos que acudir en oración a Dios en busca de ayuda. Tenemos que aferrarnos al poder del Poderoso. Concerniente a todo tenemos que orar. No simplemente cuando surgen grandes problemas, cuando la casa se incendia, o una esposa amada está a punto de morir, o cuando los hijos queridos están enfermos, no simplemente en estos momentos, sino también en las pequeñas cosas. Desde temprano en la mañana, hagamos de todo una cuestión de oración, y que así sea a lo largo del día y de toda nuestra vida.

Una dama cristiana dijo recientemente, que hace treinta y cinco años me escuchó hablar sobre este tema en Devonshire; y que luego me referí a orar por pequeñas cosas. Le había dicho que supusiéramos que nos llegaba un paquete y resultara difícil desatar el nudo y no se pudiera cortar; entonces deberíamos pedirle a Dios que nos ayude, incluso para desatar el nudo. Yo mismo había olvidado las palabras, pero ella las recordaba, y este recordatorio, dijo, había sido de gran ayuda para ella una y otra vez. Por eso le diría, mis amados amigos, que no hay nada muy pequeño para orar por ello. En las cosas más simples relacionadas con nuestra vida diaria y nuestro caminar, debemos dedicarnos a la oración; y tendremos al Señor Jesús viviente y amoroso para ayudarnos. Incluso en los asuntos más insignificantes me entrego a la oración y, a menudo por la mañana, incluso antes de salir de mi habitación tengo dos o tres respuestas a la oración de esta manera.

¡Jóvenes creyentes, desde el comienzo mismo de la vida divina en sus almas, aprendan, con la sencillez de un niño, a esperar en Dios para todo! Trate al Señor Jesucristo como su Amigo personal, capaz y dispuesto a ayudarlo en todo. ¡Cuán bienaventurado es ser llevado en Sus brazos amorosos todo el día! Yo diría que la vida divina del creyente se compone de una gran cantidad de pequeñas circunstancias y cosas. Todos los días se nos presenta una variedad de pequeñas pruebas, y si buscamos dejarlas a un lado con nuestra propia fuerza y sabiduría, pronto descubriremos que estamos confundidos. Pero si, por el contrario, llevamos todo a Dios, seremos ayudados y nuestro camino quedará claro. ¡Así nuestra vida será una vida feliz!

UNA PALABRA PARA LOS NO CONVERTIDOS

Esta noche estoy aquí para dirigirme a los creyentes, a aquellos que han sentido la carga de sus pecados y han aceptado a Cristo como su Salvador, y que ahora por medio de Él tienen paz con Dios y buscan glorificarlo. Pero si hay alguien aquí que todavía está en

sus pecados, en un estado de alienación de Dios, déjeme decirle, si muere en este estado, el terrible castigo del pecado debe caer sobre ellos. A menos que sus pecados sean perdonados y estén preparados para la presencia divina, nunca podrán entrar al cielo. Pero, queridos amigos, Cristo vino a salvar a los perdidos y, como pecadores, están perdidos y no tienen poder propio para salvarse a sí mismo. El mundo habla de pasar una nueva hoja, pero eso no satisfará la justicia divina. El pecado debe ser castigado o la justicia de Dios se dejará de lado. Jesús vino al mundo para llevar ese castigo. Lo ha soportado en nuestro lugar. Él ha sufrido por nosotros. Ahora lo que Dios espera de nosotros es que aceptemos a Jesús como nuestro Salvador y pongamos nuestra confianza en Él para la salvación de nuestras almas. Quien mire verdadera y enteramente a Él, ciertamente será salvo. Aunque tantos sean sus pecados, tendrá el perdón de todos.

Es más, Dios lo aceptará como su hijo. Se convertirá en heredero de Dios y coheredero con Cristo. ¡Oh, qué salvación tan grande y gloriosa, tan gratuita! ¡Que sea aceptado tan agradecidamente! Y que nosotros, los que regocijamos en Él, nos mantengamos firmes y confesemos a Cristo, y trabajemos para Él. Que no seamos indiferentes, sino valientes soldados de Cristo.

Decidámonos por Cristo. Caminemos como a los ojos de Dios, en santa, pacífica y feliz comunión con Él, en el disfrute de esa cercanía a la que somos introducidos en Cristo. ¡Oh, la bendición de este privilegio de vivir cerca de Dios en esta vida! Que podamos, entonces, buscar Su guía en todo, para que podamos ser una bendición para los demás, y así seamos grandemente bendecidos en nuestras propias almas.

www.george-muller.es

Este sermón se trata de una traducción realizada por www.george-muller.es del documento original proporcionado por The George Muller Charitable Trust, fundación que sigue el trabajo comenzado por George Müller y que actualmente trabajan en Bristol, concretamente en Ashley Down Road, y que se dedica a promover la educación, el cristianismo evangélico y ayudar a los necesitados. Para más información, puedes visitar su web www.mullers.org